

# Los hijos del Año

Tauri

Remontándonos a tiempos antiguos, se puede hablar de la vida de doce hermanos: habían unos septillizos llamados Enero, Marzo, Mayo, Julio, Agosto, Octubre y Diciembre; unos cuatrillizos llamados Abril, Junio, Septiembre y Noviembre; y un último hermano, llamado Febrero. Los septillizos eran los mayores, pues tenían 31 años; los cuatrillizos eran los del medio, con 30 años, y el menor, Febrero, tenía 28 años.

Ellos eran hijos de un señor apodado Año, mismo que era un padre muy celoso, que no deseaba que sus hijos crecieran más por temor a que abandonaran el hogar por irse con alguien más. Poco sabía lo que le preparaba el destino, pues un día, como era de esperar, Febrero conoció a una chica de la cual se enamoró. Este no conocía el lado celoso de su padre, por lo que no dudó ni un segundo en presentársela tras esperar un tiempo prudente para formalizar su relación con ella. Así, la chica fue llevada por Febrero a la casa en donde se encontraban su padre y sus hermanos, esto sin un aviso previo.

Tras la llegada y las presentaciones, los hermanos apoyaron a su enamorado hermano, y empezaron a comentar que ellos también deberían salir a conocer al amor. Pero no se dieron cuenta en ningún momento de que, en la esquina de la habitación en la que estaban, su padre parecía enfurecerse con cada segundo que pasaba. Finalmente, su paciencia tocó fondo y empezó a gritar, oponiéndose rotundamente, y atrayendo las miradas horrorizadas de quienes se encontraban ahí.

- ¡¿De estupideces dicen?! ¡No crean que ser adultos les da el derecho de abandonarme por tales banalidades! ¡Ojalá no crecieran nunca más en esta vida!

Nadie nunca imaginaría lo que sucedería en aquel lugar, pues al finalizar esta oración, una extraña niebla cubrió a los hermanos, al mismo tiempo que una misteriosa voz confirmaría lo impensable: el deseo había sido concedido; ellos nunca más volverían a crecer.

Pasaron cuatro años de ese fatídico día, y Febrero resultaba ser el más afectado. El paso del tiempo terminó por alejarlo de la chica, no sólo por la presión de su padre, sino por el sentimiento de inferioridad que desarrolló al saber que, tarde o temprano, no podría volver

a seguirle el paso, hablando en un ámbito temporal. Desde entonces, no parecía haber algo que hiciera feliz nuevamente a Febrero, y sus hermanos no soportaban verlo así. Este ciclo se repitió hasta que, un día, a los cuatrillizos se les ocurrió una idea.

- ¡Una fiesta de cumpleaños sorpresa! – Exclamaron los septillizos, sabiendo que sería considerada una farsa. A esto, los cuatrillizos contestaron que, a pesar de ser falso, a lo mejor podían subirle el ánimo a su pequeño hermano Febrero. Argumentaron por un rato y, finalmente, los septillizos cedieron. Después de todo, ¿qué se podía perder por intentarlo? Pero había un problema: ¿cómo podrían ocultarle la fiesta a su padre? A pesar del inesperado hecho, Año, demostrando su desenfrenado egoísmo, era extremadamente feliz de que sus hijos no fueran capaces de crecer nuevamente. La fiesta no debía llegar a sus oídos, de lo contrario, los hermanos sabían que tendrían que enfrentar ciertas consecuencias. Esto los obligó a hacer la fiesta en un lugar fuera de la casa, y a una hora en la que Año durmiera. Para suerte de ellos, su padre solía dormir bastante temprano. De esta manera, únicamente debían esperar el milagro de que este no se despertara en medio de su fuga.

Y así, con el paso de los días, el plan fue ejecutado a la perfección. Una vez terminaron los preparativos de la pequeña fiesta, y una vez Año había caído en los brazos de Morfeo, llamaron a Febrero, alegando que uno de los hermanos estaba en peligro, y que debían ayudarlo lo más rápido posible. Febrero llegó con el corazón hecho un puño para que, al final, el temor rápidamente se transformara en gozo al ver lo que verdaderamente le esperaba. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas al entender el precioso detalle hecho por sus hermanos y, no sin antes regañar a los hermanos por asustarlo así, de su boca no salían más que palabras de agradecimiento.

Jugaron como cuando eran niños, comieron como personas que no han probado bocado en meses, y bailaron a más no poder. Sin embargo, lamentablemente, no siempre todo sale como uno lo planea. Resulta que Año había despertado durante la fiesta y, al no ver a ninguno de sus hijos en casa, salió en su búsqueda, logrando llegar al lugar de la fiesta en poco tiempo. Nunca habían tenido un cruce de miradas tan incómodo en su vida. La tensión que se respiraba en el lugar era palpable. Todo había terminado.

Su padre estuvo a punto de regañarlos como nunca antes, pero algo impensable ocurrió nuevamente. La misteriosa niebla que había visto hace 4 años lo cubrió, y escuchó un susurro de su parte. “Déjalos disfrutar, solo será por hoy”, fueron las palabras que

surgieron de aquella entidad misteriosa, cuya identidad posteriormente revelada tuvo gran impacto en su comportamiento. Aquella voz resultó provenir de alguien muy importante: la voz de quien murió tras su nacimiento, la voz de su difunto padre.

Sin decir palabra, volteó la mirada al camino de regreso a la casa, y empezó a caminar a través de él. Los hermanos, sin entender qué pasaba, empezaron a preguntar el cambio de su comportamiento.

- Sólo será por hoy. No hagan que me arrepienta – Dijo Año, continuando su camino.

Los ojos de todos brillaron, y la fiesta empezó nuevamente para llegar hasta alta horas de la noche. Llegadas las 12 de la madrugada, se podría decir que Febrero “retomó” su edad original, e inmediatamente, los hermanos se preocuparon por el estado de Febrero.

- Tranquilos, estoy bien. ¡Por ustedes, pude tener un año más, por lo menos un día!

La sonrisa reflejada en su rostro lo decía todo, y la historia se expandió a través de todo oído curioso. A día de hoy, estos hermanos siguen viviendo entre nosotros, y este es el motivo por el cual, cada cuatro años, celebramos el vigésimo noveno cumpleaños de Febrero.